

DIÁLOGOS DE DOS  
DAMAS DE PARÍS

(INVIERNO Y VERANO DE 1906)



I

EL PROGRAMA SOCIALISTA

Al salir de la sesión, que ha sido noble y llena de interés, mientras por los corredores del Palais Bourbon los diputados, excitados por el verbo magnífico de Jaurés, discuten el programa socialista, dos damas, en el *confort* del automóvil, atravesando primero el puente grande y después la plaza de la Concordia, hacia la *rue Royale*, sienten el aire frío del caer de la tarde, abrigan en el chal de plumas los estremecimientos de los cuerpos finos, clavan los ojos en la vaguedad del aire, y hablan...

LA UNA

*Tout de même*, Jaurés ha hablado bien...

LA OTRA

*Tout de même*, sí.

LA UNA

Y el gesto suyo era hermoso... ¿Era hermoso, verdad, el gesto de Jaurés?



LA OTRA

¡Oh, cuando crispó los puños y dirigiéndose al turbio Clemenceau!— un embrutecido, este sucio Clemenceau—y dirigiéndose á Clemenceau, le preguntó: ¿y vosotros qué haréis? En aquel momento estaba Jaurés magnífico y bravo como un león magnífico...

LA UNA

Y es un poeta.

LA OTRA

Sí; Jaurés es un poeta.

LA UNA

Es divertido, ¿verdad? pensar que *dentro de unos siglos* la sociedad será tal como la describe Jaurés.

LA OTRA

*Dentro de unos siglos, tal vez muchos siglos; sí, es divertido.*

Y las dos damas, aseguradas en su tranquilidad dorada, se arrellanan más en el *confort* del automóvil.

LA UNA

*Por ejemplo*, el discurso de Clemenceau, mañana, va á aburrirnos.

LA OTRA

¡Oh, no puedo tolerar á Clemenceau!

LA UNA

Viste mal...

LA OTRA

Y su bigote es un cepillo.

LA UNA

Y aquel empeño suyo de empezarlo todo ahora, de preparar las cosas poco á poco, de realizar las pequeñas reformas, de molestarnos con las pequeñas leyes... Puesto que *la cosa* no ha de venir hasta dentro de unos siglos... ¿á qué empezar ahora?...

LA OTRA

Es verdad; ¿á qué empezar ahora? Por unos cuan-



tos años, ¿qué se perdería?... Sobre que me parece injusto hacernos trabajar en una obra cuyos beneficios tocarán nuestros bisnietos...

LA UNA

¿No se quejan de esto los obreros?

LA OTRA

¿No están por la participación de beneficios?...

LA UNA

Yo no le entiendo á Clemenceau.

LA OTRA

Prefiero á Jaurés... ¡Oh, ha explicado la doctrina socialista como una lección de historia!... ¿Ves tú? Es hermoso oír una lección de historia, saber guerras y turbulencias y hambres y sangrientos pasos, desde la paz de casa. Y, pasado ó futuro, todo es historia, ¿verdad? Uno vive en un paréntesis de rosa entre estos dos horrores. Ni el uno ni el otro atentan á la paz de casa...

LA UNA

Yo amo la Revolución, ¿no crees? Fué magnífica... ¡Y aquellos bailes de la guillotina no se oyen explicar sin estremecerse. ¡Oh, el pasado!

LA OTRA

Yo amo el socialismo de Jaurés... ¡Qué triunfo, entonces, cuando todos sean ricos! ¡Todos los tronos rodando! ¡Todos los altares en polvillo de oro!... Pero las mujeres encontraremos modo de conservar nuestro trono y nuestro altar: el tocador y la alcoba... ¡Oh, qué cosas digo! Decididamente las profecías de Jaurés me han excitado un poco... ¡Oh, el futuro!

LA UNA

¡No me molesta más que Clemenceau! Este caracol de Clemenceau, que es baboso y lento y repugnante como un gusano de gelatina... ¡Y su cáscara!... ¡Esta cáscara de las pequeñas reformas y las pequeñas leyes!..

Las damas entran en el *Thea Room* de la rue Royale... ¡Pobrecitas damas frágiles y suaves!

Ellas quisieran haber pasado desde las llanuras rojas de la Revolución á los campos de oro del Socialismo, dulcemente, apaciblemente, sosegadamente, como del *Palais Bourbon* al *Thea Room*, en el *confort* del automóvil.



II

LA "ROBE OLYMPIA"

En el salón de un gran modisto, *rue de la Paix*. Una de las damas, en pie, tras la vitrina con flores del balcón, mira distraída la calle; los automóviles que pasan, los coches que se detienen, los lacayos que saítan ágiles, las damas que descienden pausadas...

Su interlocutora, en una silla inverosímil, junto á una mesita lacada, de gusto antiguo, hojea periódicos y revistas...

Bruscamente, la UNA dice á la OTRA.

LA UNA

En aquel tiempo, querida, ¿contribuíste á la suscripción Manet?...

LA OTRA

¿A la suscripción?... Explicate, veamos, ¿qué Manet?

LA UNA

¡Oh, lo sabes bien!... Manet, un pintor... Veamos,



lo sabes bien... Algo en el género del Claudio de Zola en *L'œuvre*...

LA OTRA

¡Justo!... Un pintor revolucionario. ¡Oh!, pero entonces era yo oficial. Mi marido estaba en el Poder... Sí, recuerdo la suscripción. Era para adquirir un cuadro que después *nos* regalaron.

LA UNA

Sí, se regaló al Estado para que lo colocara en el Louvre... Pero no pudo ser... Parece que hay leyes... El pintor ha de morir diez años antes de que sus obras pasen al Louvre. Y por entonces sólo hacía seis de la muerte de Manet.

LA OTRA

Sí; voy recordando. Y la tela quedó de antesala en *Luxembourg*.

LA UNA

Donde está todavía... ¡Y hace diez y seis años!... Bien contado, la espera es excesiva...

LA OTRA

¡Oh, debíamos hacer algo!... Este cuadro no puede continuar así... Es ridículo. ¿Qué es el cuadro?

LA UNA

Veamos, lo sabes bien... Una cosa en el género de siempre... Una mujer...—Una...

La dama pasa rápidamente los ojos por un periódico.

Esto es: Olympia, una mujer.

LA OTRA

Sí, sí, sí, estoy al corriente: una gran dama... No es el *chic* de Boldini; pero recuerdo perfectamente que Manet ha hecho retratos de gentes del mundo...

LA UNA

¡Oh, es seguro!... ¿De qué vivirían los pintores?... Pero, como has dicho, la espera de este cuadro en Luxembourg es ya ridícula... Habría que hacer algo... Veamos, tu marido...

LA OTRA

Oh, los hombres no logran nunca nada... No con-



temos: además, ahora hace con Clemenceau aprendizaje de conservador, á la inglesa... Hemos de lograr solas que triunfe nuestro Manet...

LA UNA

Los periódicos han iniciado una campaña.

LA OTRA

Los periódicos tienen pocos recursos; no pueden hacer campañas que duren más de tres días... ¿comprendes? Después sería monótono...

LA UNA

Pero entonces, ¿Manet se quedará en el Luxembourg eternamente?

LA OTRA

¡Oh, no! ¡Hemos de sacarlo!

Y en los ojos de la esbelta *parisienne* hay un destello bélico. Las dos damas buscan. Cruzan por sus menudas cabecinas planes inverosímiles. Hay una espera llena de suprema actividad. Repentinamente dice:

¡Ya lo tengo!... ¡Manet va á estar de moda este verano, y en otoño, fíjate bien, en otoño, saldrá del Luxembourg!

Su interlocutora tiene en los ojos relámpagos de celos. En este momento, irreprochable, ceñida la levita, impecables el cuello y la corbata blanca, entra el *modisto*, y, con una profunda reverencia, saluda á entrambas amazonas de la pintura.

LA OTRA

Veamos, querido, se trata de una cosa delicada, compleja, casi difícil. Un buen golpe de genio; una creación. Necesitamos que nos ayude, que luche con nosotras. ¡Oh, hemos de triunfar! Quisiéramos dos trajes en el género de la *Olympia*, de Manet...

Para comprender bien la estupefacción, perfectamente disimulada, del modisto al escuchar estas palabras, recordamos á nuestros lectores que la *Olympia* de Manet es un desnudo de mujer, uno de los desnudos más desnudos que se han pintado nunca.

Pero, genial, el modisto no vacila: no hay en sus ojos un pliegue de asombro, ni en su frente un matiz de duda. Recuerda vagamente que hay, no sabe dónde, en el cuadro de Manet, unas cintitas de terciopelo, tenues y colgantes... ¿No basta este detalle para *dar sabor*?... Y, sin una dubitación, el modisto dibuja: saca telas, combina terciopelos finos y colgantes, proyecta unos zapatitos de raso, de punta roma, como las zapa-



tillas del cuadro... No tarda en estar contento de su obra... Y mostrando el proyecto á las damas, añade:

## EL MODISTO

Esta es, señoras mías, mi *robe Olympia*, la mejor creación de este año... Con esto, ¿ven ustedes?, una capotita torcida, de ala estrecha, con *chous* de terciopelos tenues... La fidelidad, la ilusión, la resurrección del modelo es sorprendente...

(Y la otra, encantada, añade:)

## LA OTRA

Sí, todos mis elogios. Creo que he sido comprendida. ¡Manet saldrá del Luxembourg!

## III

## LOS "BAÑOS DE LUZ"

En un rincón del salón grande—en realidad, un salón doble, con ancha arcada central que une ambos recintos—, dos damas hablan... La una, en floja *deshabillé* blanco y ámbar, está tendida con medio busto sobre unos cojines en la *chaiselongue* blanda y amplia... La otra, hundida en un sillón británico, cuadrado y grandes, cuyo respaldo forma ángulo oblicuo con el asiento extremadamente bajo, echa todo el busto atrás, ladea constantemente la cabeza de una manera lánguida, tiene ambos brazos rígidos, descansándolos por ambas manos sobre los extremos de la sombrilla que está horizontalmente colocada en su regazo, y ha cruzado sobre la izquierda su piernecita derecha, inverosímil y nerviosa que se aguza en la rodilla, como un ataque impertinente. El pie, bajo volantes, traza en el aire caracteres chinos... Así hablan...

## LA UNA

*Voilà* nuestro *Paris l'été* bien aburrido.

## LA OTRA

¡Oh! es un pueblo para dormirle encima...



LA UNA

¿Sales pronto?

LA OTRA

Debí salir ayer... Pero ¡es horrible! Tuve mundo... Y luego, ¡este dichoso régimen de mis *baños de luz!*... El doctor opina que debo continuarlo una quincena.

LA UNA

Pero entonces, ¿era una cosa grave?

LA OTRA

Figúrate. Yo no lo habría imaginado, porque su fría poco. Pero el doctor me ha explicado cómo estaba realmente enferma, alarmantemente enferma. ¡Qué ciencia de hombre para encontrar la enfermedad donde apenas existel ¡Figúrate que hay gentes desdichadas que viven toda su vida con esta enfermedad bajo la piel y mueren sin sospechar que la llevaban dentro!

LA UNA

¡Es horroroso!... Pero sufrirán de una manera horrible... morirán jóvenes...

LA OTRA

¡De ningún modo! La enfermedad no les da el sufrimiento más mínimo; ni un grano, ni una mancha en la piel, ni un día de inapetencia... Todo lo más algún vahído... en los momentos psicológicos... Lo ordinario... Esta enfermedad no acorta la vida. El doctor me ha explicado cosas horribles... gentes que han vivido ¡ochenta años! sin sospechar un día que estaban enfermas... ¡Oh, realmente es prodigioso llegar á descubrir dentro del cuerpo esta pequeña inmundicia que se obstina en no manifestarse!...

LA UNA

¿Y únicamente los baños de luz pueden combatir esta traidora enfermedad?

LA OTRA

Parece... ¡Oh, la cura es *chic!*... Y el doctor tiene una admirable clínica. Es preciso exponer el cuerpo desnudo á la lluvia de la luz roja, ó azul, ó verde, ó blanca, según los casos. La enfermedad tiene fases... etapas... Un verdadero ritmo de sinfonía. El doctor explica esto de una manera clara. Es espiritual. Por ejemplo, la cabeza no puede exponerse al baño de luz. La piscina luminosa tiene una cubierta de velos y sedas de donde la cabeza emerge... Y sólo el cuerpo, durante largas horas, en



postura de reposo, queda expuesto en lo interno del fanal-bañera á la acción tibia, ardiente á ratos, de la impalpable y luminosa medicina... Sientes crepitar en la piel la química virtud de la lumínica. ¡Oh, tienes un gran descanso y te parece vivir en atmósferas orientales! Las piernas y los brazos quieren nadar; se retuercen perezosamente en el ansia de un ambiente más espeso y palpable... Terminada la cura, sientes que has consumido las fuerzas, las malas fuerzas redundantes, en una acción de sueño. Es delicioso.

LA UNA

Es un milagro... Pero, ¿quieres decir que, sin haberme dado cuenta, no tendré yo á mi vez, dentro de la piel, la horrible enfermedad?

LA OTRA

Hay casos... Te presentaré al doctor... Puede ser; á veces...

LA UNA

¿Cómo conociste tú que estabas enferma?

LA OTRA

¡Oh! Casi nada... Ya te he dicho... algún vahído... en los momentos psicológicos.

LA UNA

Sí, sí, algún vahído... en los momentos... ¡Sí! Mi querida amiga, me has salvado. Yo también estoy enferma. Decididamente no salgo de París. Mañana empezaré mi cura.

LA OTRA

¡Oh, es horrible, la gente que está enferma sin saberlo!

LA UNA

¿Y toda la cura ¿se reduce á los baños?

LA OTRA

Los baños son lo importante. Pero hay modo de acelerar su acción. Por ejemplo, la ropa interior puede ser del color de la luz que te recetan... ¡Oh! Los colores cambian... No hay monotonía.

LA UNA

Tal vez sería prudente poner del mismo color los cristales de la casa.



LA OTRA

Y escoger, para adornar el salón, flores del mismo tono.

LA UNA

Y del mismo tono los tapices y los muebles.

LA OTRA

Y dar fiestas de colores determinados. Fiestas higiénicas y modernas.

LA UNA

Hasta las frutas y los vinos, en las *soirées*, podrían ajustarse al ritmo prefijado...

LA OTRA

¡Oh! ¡Sería nuevo!

LA UNA

¡Oh! ¡Qué idea hemos tenido!

LA OTRA

Pero habrá que esperar...

LA UNA

El verano, en el campo, es inaguantable, espeso.

LA OTRA

Esperemos que la enfermedad nos dure hasta el invierno.

LA UNA

Sí, esperémoslo...

LA OTRA

¿Vendrás mañana a la clínica?

LA UNA

Decididamente, iré.



## LA OTRA

Te mandaré mi *auto*. A las diez. Madruga.

## LA UNA

Entendido. Adiós, querida.

Las dos damas se besan.

## IV

## FLORES DEL MAL

Boulevard Malesherbes.—Una enorme puerta, cobres bruñidos; patio, pabellones discretos; la *conciérge* prevenida, un gesto.—Al fondo, marquesina de cristales tenues, verdosos, doble puerta vidriada; escalera. Alfombra tupida; *parquet* de nogal, bruñido, oscuro; calefacción exagerada, luz de atardecer, muy tamizada, llena de calidad, flotante. Puerta en el primer rellano: *tournez le bouton s. v. p.*—Recibimiento: originales de estampas pornográficas; carnaciones finas, cofias blancas, medias suaves, sensualidad sin premeditación, ingenua; principio de siglo: una ojeada. Primer salón: muebles antiguos, telas viejas, alguna escultura... En un ricón, un inglés viejo; pasan unas damas; inclinación, monóculo, ligero movimiento, dejando paso.—Salón segundo: como el anterior: cuadros viejos, muebles, espejos; en un extremo, una tela digna de Wislither... Una muchachita fina, gris, saltando á la cuerda... Comentarios, comparaciones.—Salón tercero: Mucha gente... Ruido de conversación discreta, acento sajón, exclamaciones de *amateur*: exposición intensa, rica, concentrada, de una buena parte de la obra de Aubrey Beardsley... En el centro del salón, otomana. Detrás de la otomana, sobre un caballete, retrato del pintor, por Blanche... Casi todos los originales, blanco y negro, á pluma.—Los marcos, sobrios, finos, de una sobriedad



británica.—Dos originales de carteles: la dama en el palco, tan conocida, y la modistilla del abrigo rojo... Junto a la chimenea, en el suelo, una reproducción admirable de la dama escotada, detrás de la cortina de tul, conocida también. Marco negro muy fino. En la otomana, hablando, dos damas...

LA UNA

¿No te dice nada esto?

LA OTRA

¡Oh, tantas cosas!

LA UNA

Tiene esto un poco de nuestro Baudelaire, ¿recuerdas? La línea, el refinamiento, toda la elegancia exterior, y luego, la perversidad interna, la riqueza de perversidad; lo artificial... sobre todo lo artificial... el arte y la gloria del vicio...

LA OTRA

Hay un matiz que olvidas. Baudelaire está todavía lejos de Oscar Wilde...

LA UNA

¿Crees?... ¿a pesar de las *Lesbianas*?

LA OTRA

A pesar de las *Lesbianas*—¿ves tú?—Lesbos es todavía *nature*... Repara: en Lesbos hay, todavía, gracia, feminidad, infancia... ¡Oh, mientras haya feminidad, el vicio es natural, ligero, no condena!... Te digo otra vez que la perversidad de Baudelaire era inocente... ¿Ves tú? Los franceses somos *fantasistas*, pero no monstruosos, no; para la monstruosidad nos sobra feminidad, temperamento... Esta frialdad del cálculo, que hace el vicio *irremediable*, que le da un sello fisiológico de perversión estereotipada, que tiene líneas tuyas, modos tuyos, vírgulas eternizadas y fijas en la carne, había de venirnos de Inglaterra... ¿sabes? Al lado de esto nuestros vicios son *enfantillages*...

Las dos damas se levantan. Se acercan a un cuadro menudo, a pluma, marco blanco. Al pie, «Toilette de Salomé»... Contemplación; se acercan; vuelven a alejarse... Ligera sospecha de rubor; risita ahogada, adorable... Centelleo, azulear de llama de sándalo en los ojos, mirada circular para convencerse de que no son observadas... El público, de ingleses en su mayoría, en filas paralelas, hieráticas, contempla los dibujos, sin emoción exterior, frío, correcto, tal vez cumpliendo un deber nacional... Las dos damas, tranquili-